

EMBRIAGUEZ DE AMOR TRAS UNA CORTINA DE AZUCENAS

María Isabel Guzmán Fernández

RESUMEN

“Embriaguez de amor tras una cortina de azucenas” pretende acercarnos a la obra de San Juan de la Cruz con el único interés de ver en ella una obra henchida de amor, de ese amor místico que el poeta pretendió transmitir a sus primeras lectoras, las monjas, ayudándose del simbolismo para hacer más entendible su experiencia amorosa. Para ello, nos centramos en su *Noche oscura* para poder contemplar mejor que sus versos eran, en palabras de Jorge Guillén, *un relato de amor maravilloso*. Por todo ello, hemos de esperar que su poesía sea más para conmover que para comprender.

SUMMARY

“Embriaguez de amor tras una cortina de azucenas” intends to approach Saint Juan de la Cruz’s work from the point of view of mystical love that the poet tried to convey to their first readers, nuns, using symbolism to make this love experience comprehensible and near. To do this, we focus on “La noche oscura” to understand his poems as a deep love story, as Jorge Guillén described them. That is why we think his poetry suggests more emotion than comprehension.

“Los poemas de San Juan de la Cruz, si se los lee como poemas (y eso es lo que son), no significan más que amor, EMBRIAGUEZ DE AMOR, y sus términos se afirman sin cesar humanos. En los tres grandes poemas no hay más que imágenes: irreales representaciones concretas que forman el relato de un amor...¿Qué significación se esconde bajo la maravilla? Por lo pronto, ahí está la maravilla...”

Comienzo con las palabras de Jorge Guillén con las cuales he querido dar sentido a esta breve comunicación acerca de la obra de quien hoy, aquí, nos ocupa: San Juan de la Cruz. Unas palabras que me parecieron preciosas cuando, leyendo sobre nuestro místico, me “asaltaron”

como si me quisieran resumir lo que a mí siempre me ha transmitido y me sigue transmitiendo este poeta: AMOR y no busquemos más. Y, más adelante, en esa búsqueda de información para fundamentar este trabajo, encontré el telón que escondía toda esa experiencia amorosa y religiosa y que completaba el título de mi exposición: esa “cortina de azucenas”, esas flores elegidas por nuestro místico, en la *Noche oscura*, para expresar maravillosamente el plácido abandono del alma que reposa en el amor del Amado: *entre las azucenas olvidado*. Unas flores que, según su lenguaje, significan ‘inocencia y majestad’ y, si son silvestres, ‘delicadeza y simplicidad’. Valoren ustedes si fue acertada su elección.

No pretendo descubrir, por tanto, nada nuevo, nada que otros no hayan dicho ya. Lo único que he querido ha sido detenerme, por unos momentos, en su obra henchida de amor y compartirla con ustedes, sin buscar más de lo que él quiso que buscaran sus lectores: *un relato de amor maravilloso* como expuso Guillén.

De todos ustedes es conocida la vida de San Juan pero sirvan estas pinceladas biográficas para situarnos y recordar, brevemente, algunas fechas y hechos destacados del momento histórico en el que le tocó desarrollar su obra literaria y religiosa.

Juan de Yepes y Álvarez nace en Fontiveros (Ávila) en 1542. Hijo de familia humilde, pasa algún tiempo como enfermero en el hospital de Medina e ingresa en la Orden del Carmelo para estudiar luego en Salamanca. A los veinticinco años, en 1567, se encuentra con Santa Teresa y de todos es sabido que es ella quien lo convierte en firme colaborador de la reforma de la Orden y siendo así el carmelita Fray Juan de la Cruz al fundar el primer monasterio de carmelitas descalzos en Duruelo (Segovia) en 1568. Ello le acarrea persecuciones durante los diez años que reside en Castilla, por ejemplo, en 1577, es encerrado, al parecer por sus compañeros de orden, en la prisión de un convento en Toledo. A los nueve meses, consiguió escapar y refugiarse en el convento de San José de las Descalzas. Prosiguió su tarea fundadora siendo prior de varios monasterios.

El resto de su vida lo pasa en Andalucía, donde desempeña altos cargos al separarse las dos ramas de la orden carmelitana. Y, llegados a este punto, permítanme que haga un breve paréntesis para darle más co-

herencia, si cabe, a estas Jornadas y al lugar donde se están celebrando, motivo conocido por todos ustedes.

Durante esa estancia en Andalucía, se acerca pronto a esta localidad: la idea y ocasión de fundar en la villa al este de Jaén (que entonces se llamaba La Manchuela y, después, se llamó desde Felipe IV como todos la conocemos, Mancha Real) nació, según parece, de una visita que hizo Jerónimo de la Cruz al lugar. Quedó encantado del pueblo y, viendo la magnífica finca del arcediano Juan de Ocón, pensó que allí estaría bien un convento de descalzos. Por su mayordomo, se enteró de que éste andaba pensando en dar su casa y finca a alguna orden religiosa; Jerónimo se lo comunicó a Juan de la Cruz y a Agustín de los Reyes que se encontraba entonces en Baeza.

Llegando Juan de la Cruz a La Manchuela, firma las escrituras de la fundación viendo más hacienda de la que se le ofrecía pero él se contentaba con menos y dirá: *“A los frailes descalzos les bastaba con poco...”* (Ver escritura fundacional)

La fundación se hizo el 12 de octubre de 1586 habida la licencia del obispo don Francisco Sarmiento. El traslado del Santísimo desde la parroquia revistió gran solemnidad con música, danzas, ramos que la devoción del pueblo aportó con gran alegría. En la misa de inauguración, fray Juan hizo de diácono.



Parece ser que fue un poco más adelante cuando se detuvo en el convento ya que le trajeron dos mujeres endemoniadas para que las exorcizase: de una dijo que sanaría y de la otra que lo haría gracias a unos conjuros pero que no sería él quien se los realizara. Fray Juan le tenía mucho cariño a este convento y volvió bastantes veces a visitarlo. Por ejemplo, quedó famosa una escena del ensayo del martirio que prepararon en la huerta del convento o aquella otra en la que, viniendo desde Porcuna a La Manchuela, le quieren atribuir un milagro al fraile por haber curado la pierna de un malherido diciendo el religioso: “¿*Qué sabrán ellos de milagros...*?”

Cerrando este breve recorrido biográfico, diremos que muere, a punto de ser enviado a América, en nuestra cercana Úbeda en 1591, habiendo sido cesado, unos meses antes, de todos sus cargos.

Sus biógrafos declaran que amaba la soledad y afirman que, a menudo, se le veía embebido en la contemplación de la noche estrellada. No es de extrañar que Santa Teresa lo considerara “*muy espiritual y de grandes experiencias y letras.*” Mas, por otra parte, como hemos comentado anteriormente, la entereza con que supo soportar las más duras pruebas nos lo muestran como hombre de recio temple viril y virtudes heroicas.

Y, mencionar a Santa Teresa es hacer, hoy y aquí, un pequeño y justo “homenaje” a la mujer, a Teresa de Cepeda y Ahumada, aunque no sea el motivo central de esta comunicación, ya que, nacida en 1515, de todos es sabido que celebramos el V Centenario de su nacimiento. En la novela histórica, recientemente publicada de Jesús Sánchez Adalid, *Y de repente, Teresa*, el autor nos muestra a una mujer que, con dieciséis años, se declara “*enemiguísima de ser monja*”, curioso, pero que, tras conocer la colección de “*Cartas*” de San Jerónimo, comunica a su padre que quiere hacerse religiosa con la negativa de éste ingresando de noche en el convento gracias a la religiosa carmelita Juana Suárez. Finalmente, su padre aceptaría entregando la dote siendo así religiosa “de velo negro” frente a las de “velo blanco” que iban sin ella o no sabían leer. Fue una mujer plenamente consciente de los acontecimientos de su tiempo, de aquel “Siglo de Oro” que le tocó vivir. Una mujer verdaderamente excepcional y, según Fray Luis de León: “*Nadie la conversó que no se perdiese por ella*”.

En la novela citada, Adalid se centra en los problemas que tuvo con la Inquisición. Los inquisidores nunca se fiaron ni de la obra fundadora ni

de los escritos de la santa. De hecho, ella temía constantemente ser delatada: “*Iban a mí con mucho miedo a decirme que andaba los tiempos recios y que podría ser me levantasen algo y fuesen a los inquisidores*” dirá en el *Libro de la vida*. Libro más cuestionado de su obra por la Inquisición, su autobiografía. Sospechosa de ser “alumbrada y dejada” teniendo que comparecer ante uno de sus tribunales. Tuvo que demostrar su valía humana e intelectual y hubo de enfrentarse inagotablemente a los que dogmatizaban diciendo, por ejemplo, que “*la oración mental no es para mujeres, que les vienen ilusiones; mejor será que hilen; no han menester esas delicadezas; bástalas el Paster Noster y el Ave María...*”

Morirá el 4 de octubre de 1582 a los sesenta y siete años de edad en Alba de Tormes exclamando el día anterior: “*Hora es ya, Esposo mío de que nos veamos...*” Y así, uno este Esposo-Dios con el Esposo-Amado de San Juan de la Cruz.

Nuestro escritor consigue las más altas cimas de la belleza en sus tres poemas extensos: *Noche oscura*, *Cántico Espiritual* y *Llama de amor viva*. Sus poemas breves, *Pastorcico*, *Aunque es de noche*, *Entréme donde no supe o Tras de un amoroso lance* presentan los juegos de voces propios de las composiciones octosilábicas cancioneriles. Es decir, están dentro de lo esperado por el género pero, no por ser obras menores son menos importantes desde mi punto de vista. Para mí, desprenden una gran frescura y su sencillez llega al lector entre lo culto y lo popular (*Sin arrimo y con arrimo*). Por ejemplo, veamos cómo nos muestra el poeta la escena amorosa de la que vengo hablando y que justifica esta comunicación en los siguientes versos: *Entréme donde no supe,/ y quedéme no sabiendo,/ toda sciencia trascendiendo...* o cómo concluye con estos otros para, una vez más, hacernos partícipes de su estar embriagado de amor: *Hace tal obra el amor / después que lo conocí, / que, si hay bien o mal en mí/ todo lo hace de un sabor,/ y el alma se transforma en sí; / y, así, en su llama sabrosa,/ la cual en mí estoy sintiendo,/ apriesa, sin quedar cosa, /todo me voy consumiendo.*

¿Poemas menores...? Creo que menores en extensión pero no en profundidad.

Su experiencia mística, inefable, la expresará de forma inclasificable. Busca una forma para poder traducir su vivencia y lo hace en un “lirismo



integrador” de varias tradiciones literarias (la greco-latina, la italianizante, la bíblica con la huella de *El Cantar de los Cantares* y la lírica tradicional) llegando a unas estrofas bellísimas, insólitas, que llevan de nuevo a lo incomprensible pero encerrando un sentimiento intensísimo.

Las monjas (sus primeras lectoras) no entienden esas canciones y, por ello, San Juan se las comentará también por escrito. Sin embargo, sabe muy bien que sólo va a dar “alguna luz general” a sus versos, que no se pueden “bien explicar” y abre las puertas a una nueva forma de

recepción de la poesía:

“los dichos de amor es mejor declararlos en su anchura, para que cada uno de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu que abreviarlos a un sentido a que no se acomode todo paladar.”

Queda claro, con esas palabras, que deja en libertad al lector para que *interprete* sus versos: la poesía contemporánea se descodificaba, no se interpretaba. Es evidente que el místico estaba más atento a comunicar una vivencia para hacernos partícipes o para servir de guía que a una labor de interpretación de su propia obra poética en cuanto tal. Si se parte de una perspectiva religiosa, hay elementos lingüísticos que no se explican salvo que se fuerce el sentido de las palabras. Si se toma una clave erótica, de simple amor humano, ocurre lo mismo. Lo que San Juan ofrece no es un proceso que se da en el texto sino que se da en el lector: trata de que sintamos el deseo amoroso de la Esposa que busca desesperadamente al Amado porque sabe de su existencia.

El lector se encuentra, así, ante una obra “abierta” a múltiples posibilidades concretas, dependiendo de la perspectiva del lector. Él nos da el impulso, el sentimiento, la unión.

Pero lo cierto es, lo quisiera el poeta o no, que sus comentarios abundan en finas observaciones de matices expresivos, a veces delicadísimos. Por ejemplo, cuando ahonda en el significado del verso *El silbo de los aires amorosos*: “...*así como en el aire se sienten dos cosas, que son toque y silbo o sonido, así en esta comunicación del Esposo se sienten otras dos: sentimiento de deleite e inteligencia...*”

Tanto en la *Noche* como en el *Cántico*, es la voz de la mujer enamorada la que expresa en liras y canta al amor gozoso: mezcla inesperada. Las liras, estrofas de la poesía italianizante y la queja de la muchacha, un tema de la poesía tradicional. La capacidad de sugestión de la palabra es intensísima, según Jorge Guillén, son *ondas de sugestiones* porque los términos tienen connotaciones literarias de varias corrientes poéticas pero su uso es nuevo. Leemos liras pero parece que estamos ante una poesía tradicional, apareciendo también la naturaleza de la égloga y los recuerdos garcilasistas, no obstante, enseguida irrumpen los *fuertes y fronteras* como referente guerrero.

Cuando la madre Magdalena del Espíritu Santo pregunta a San Juan, refiriéndose al cuadernillo de Beas que incluía el *Cántico Espiritual*, *si le daba Dios aquellas palabras que tanto comprendían y adornaban*, él le responde : “*Hija, unas veces, me las daba Dios y, otras, las buscaba yo*”. Concibe, en efecto, sus poesías como algo semejante a la Biblia ya que ambas vienen por inspiración. Nuestro poeta recoge todas las posibilidades que le dan las distintas tradiciones poéticas pero con toda libertad las despoja de su contexto, les quita su contenido y sólo les deja sus connotaciones. Su creación es una isla, no tiene antecedentes ni sucesores. Dios es la autoridad que le permite escribir poemas incomprensibles, sin un único código pero con retazos de varios. No tenía por qué entenderse la expresión que era sólo balbuceo de una vivencia inefable.

Es más, como apuntó T.S. Eliot, “*la prueba de que una poesía sea excelente es que, antes de ser comprendida, conmueve...*” Comparto esa afirmación: ha de conmover incluso sin ser muy bien comprendida. Y, por qué no arriesgarnos a ver en el poema “*¡Qué bien sé yo la fonte...!*” una equivalencia con lo que venimos diciendo. Tal vez, sea un atrevimiento por mi parte pero, por qué no interpretar si así nos enriquece más la literatura, por qué no pensar en lo que tal vez quieran decirnos implícitamente



unos versos. San Juan no quería aclarar ni explicar sus poemas como venimos apuntando pero debía hacerlo para los suyos. Sin embargo, si entendemos la noche como oscuridad y dificultad para entender o alcanzar algo, entenderemos mejor ese verso tan repetitivo de *aunque es de noche*. Es curioso pero, aquí, la noche se presenta con connotaciones negativas con ese nexo “aunque” propio de las proposiciones subordinadas concesivas que presentan un

obstáculo. ¿Entonces? ¿Cómo interpretar aquí la noche? ¿Cómo aliada o como enemiga? Él conoce bien la fuente que mana cuyo murmullo se percibe *aunque es de noche*, es esa fe que él bien comparte y siente a pesar de ser de noche.

Sus poemas podrían ser oscuros para sus lectores, difíciles en comprensión al igual que la oscuridad de la noche pero qué bien sabía él que eran vividos gratamente en su interior, qué bien sabía él que ese deseo univo hacia Dios permanecía en su interior... aunque no fuera entendido.

Rompió el código literario siglos antes de que pudiera pensarse en ello, en un momento en el que se estaba fijando la lengua poética. La palabra, sin otro límite que el dibujo de las letras, es puro sentimiento como muy bien reflejan los últimos versos de la *Noche Oscura*: *Quedéme y olvidéme, / el rostro recliné sobre el Amado; / cesó todo y dejéme, / dejando mi cuidado / entre las azucenas olvidado*.

Pues bien, *quedémosnos* con eso, simplemente con eso: con esas azucenas como únicas protagonistas de ese maravilloso encuentro, azucenas que adornan la escena, *olvidémosnos* de las interpretaciones y *contemplemos* su poesía con el significado que Santa Teresa le daba a dicha contemplación: algo intuitivo que produce asombro, embeleso y gozo en quien la experimenta: gozar sin entender cómo, abrazarse el alma de amor y no

saber cómo se ama, conocer que goza de lo que ama y no saber cómo lo goza, abrázale la voluntad sin saber cómo...” En palabras de Jorge Guillén: ahí está la maravilla, en esa “embriaguez de amor”.

BIBLIOGRAFÍA:

RICO Francisco: *Historia y crítica de la literatura española*, Barcelona, 1980.

ALVAR, C. MAINER, J. C. y NAVARRO, R.: *Breve historia de la literatura española*, Barcelona, 2002.

LÓPEZ, J. G.: *Historia de la literatura española*, Barcelona, 1987.

ELFOS EDICIONES, *El lenguaje de las flores*, Barcelona.

ARGOS VERGARA, *Historia Universal de la Literatura*, Barcelona, 1987.

SÁNCHEZ ADALID, J.: *Y de repente, Teresa*, Barcelona, 2014 .

EDICIONES SAN PABLO, *San Juan de la Cruz, la biografía*, 2012.

